cion dentro de un breve tiempo y sin dilacion, bajo la pena de acabar como la nacion judia.

En el entrenimiento siguiente, que será el último, diré una palabra sobre las consecuencias de la solucion europea, como tambien de la eterna solucion del grande proceso humanitario.

ENTRENITEMIENTO TREINTA.

Consecuencias temporales de la solucion europea.—Solucion eterna de la cuestion humanitaria.

En la terrible crísis que atravesamos, cualesquiera que sea el partido que tome la Europa, Jesucristo ha tomado ya el suyo: antes del gran dia de las justicias, en que las tribus angélicas y todas las generaciones humanas dobláran la rodilla delante de su eterna monarquía, quiere hacer brillar el gran dia de sus misericordias, en que todos los pueblos dándose la mano al pié de la cruz, le adorarán en su cualidad de Dios Salvador de la humanidad.

A juzgar de esto por los preparativos, este dia no está lejos. ¿Qué son nuestros progresos en las artes, especialmente nuestros caminos de fierro, nuestro vapor, nuestro telégrafo eléctrico, nuestros ensayos de navegacion aereostática? Ellos son para la última esplosion del evangelio, lo que fueron las rutas romanas para la primera. La inmensa superioridad de nuestros medios de comunicacion y de accion presagian resultados de una grandeza incomparable en la historia del género humano.

¿Mereceremos nosotros por nuestra conversion venir á ser los gloriosos instrumentos de la conversion universal, ó por nuestra impenitencia seremos solamente como los antiguos romanos, los ciegos gastadores de los conquistadores espirituales del mundo? He aquí, amigos mios, lo que se deja á nuestra eleccion.

Sin embargo, la Sabiduría eterna no será engañada en sus miras sobre la familia europea. Jesucristo no perderá el fruto de los trabajos, de las lágrimas, de la sangre de sus obreros, desde San Pedro y San Pablo, hasta Pio nono y los que le secunden en las circunstancias presentes. Si la minoria católica no puede impedir la catástrofe á que nos arrastran las mayorías gobernantes, aun por los medios que ellas toman para evitarla, ella (la minoría católica) podrá templar y abreviar sus horrores. Ella ganará mas de apóstoles que de mártires, y estos apóstoles escapados de la *tierra del fuego*, serán para el universo lo que fueron los cristianos judios, escapados de los desastres de la nacion deicida, una levadura poderosa de la fermentacion católica en el universo. La fama de nuestro castigo dará á su palabra una fuerza irresistible. ¿Quién no ve que la última esplosion de nuestros volcanes revolucionarios, haciendo hundirse todos nuestros imperios minados por el espíritu anticristiano, resonará cien veces mas léjos que el incendio de Jerusalén? A este golpe de rayo, despertándose las naciones del sueño del error, caerán al pié de la cruz y esclamarán: Señor, Señor: ¡aun es tiempo! esta divina carta de la libertad universal, que nuestros abuelos europeos estaban encargados de hacernos conocer y amar,

y que ellos han tenido la sacrílega locura de querer sofocar en su seno, es justo que nosotros la leamos á la luz de su hoguera!

No lo dudemos, amigos mios, todo está presto para grandes cosas. No escucheis mas á estos miopes, que no discerniendo nada en el cielo, ni sobre la tierra, en lo pasado y el presente, dicen: el mundo vá é irá como él ha ido siempre. Pobres ciegos, ¿á dónde quereis que vaya pues que él está en el término de su camino, y que los espíritus que se ocupan de pensar convienen en que nosotros no vivimos mas que de espedientes, y que los espedientes que no se concluyen se desvanecen en humo? Sí, nosotros estamos bien y muy enredados en cadenas inestricables forjadas por los nuestros que se llaman grandes hombres; pero que los dos estremos están en las manos de Dios-Hombre, que quiere con aquella voluntad á la que nada resiste, que nosotros sirvamos á la regeneracion del universo por nuestra pronta vuelta á su ley, ó por la espantosa solemnidad de nuestro suplicio. Él ha hecho mucho por nuestra Europa: nuestra Europa ha hecho mucho contra Él, para que nosotros evitemos la grandeza de nuestro castigo, de otra manera que por la generosidad de nuestra penitencia.

Nuestra penitencia es para nosotros raza turbulenta de Jafet, pueblos cosmopolitas y viajeros, nuestra penitencia no es la de cubrirnos de ceniza y bañarnos con las lágrimas, sino la de reparar nuestros escándalos, y llenar en fin nuestra sublime mision; es la de tomar el baston del peregrino, y el saco del apóstol. Nuestra devoradora codicia, y nuestras rivalidades desastrosas han

llevado á todos los rincones del globo el terror de nuestras armas y la infeccion de nuestros vicios; es preciso que nuestra caridad, verdaderamente católica, vaya á desplegar la omnipotencia de sus remedios, y haga respirar á todos los pueblos los divinos perfumes de las virtudes cristianas. En una palabra, nosotros estamos destinados á ilustrar inmediatamente al mundo, ó por el brillo de nuestra fé, ó por el incendio que llaman sobre nosotros nuestras inmundicias y nuestras infidelidades.

Anunciandoos, amigos mios, una solucion próxima seguida de un magnífico porvenir para el género humano, no quiero que os hagais ilusion sobre la naturaleza de este porvenir, que la mayor parte de entre vosotros no puede saludar mas que de léjos. Yo no quisiera que envidiaseis á vuestros nietos una felicidad que será grande; pero que no será despues de todo, sino la pequeña suma de felicidad que los hombres pueden gustar sobre el teatro del combate y de la prueba. Este triunfo de la verdad y del amor sobre el odio y el error, no podrá ser ni completo ni definitivo. Él será como un sestear mas ó menos largo y delicioso en el laborioso itinerario de la humanidad, antes de la espantosa reaccion del mal, que hará levantar sobre las últimas ruinas del mundo el dia de la eterna justicia.

Entonces, solamente entonces será cuando tendremos la solucion de las soluciones. Entonces será cuando Jesucristo glorificado y glorificador de todos los suyos, dará un nuevo sentido á estas palabras de que sus enemigos han abusado tanto contra la Iglesia: »Mi reino no es de este mundo.»

Este reino de Dios, cuya promesa llena los libros santos, y que la Iglesia nos invita á solicitar cada dia por esta oracion: «Que venga á nos vuestro reino,» este reino del que el porvenir anunciado poco antes, no será mas que una sombra: este reino, amigos mios, se desplegará en el mundo eterno con una magnificencia que ningun pensamiento humano podrá concebir ni describir.

Este reino de Jesucristo se desplegará sin medida sobre sus escogidos á quienes dirá: Cuando tantos miserables me cargaban de desprecios y de ultrajes, vosotros me habeis hecho reinar públicamente sobre vosotros, por lo menos en la última hora, y habeis contribuido con vuestras oraciones y vuestros ejemplos, á hacerme reinar sobre vuestros hermanos: «Venid, pues, benditos de mi Padre á gozar del reino que os está preparado desde el principio: poco contento con que reineis conmigo sobre la universalidad de las creaturas, yo quiero que reineis sobre mí: vosotros habeis hecho mi voluntad, «yo haré eternamente la vuestra.» (1)

Este reino de Jesucristo pesará con una justicia inexorable sobre la multitud de cobardes, cerdos y tígres que habrán dejado la vida antes de haber dado una honrosa satisfaccion al autor de la vida, él les dirá: vosotros habeis sacudido con menosprecio el yugo dulce y ligero de la ley que yo os habia dado, yo que os habia creado y conservado únicamente por una inspiracion de mi amor, yo que por libraros de la esclavitud de Satanás y de vues-

[1] Psalmo 106, versículo 30.

tras malas pasiones, he llevado el amor hasta hacerme víctima en mi persona y en la de mi Iglesia, de los largos y grandes furores de Satanás y de los suyos. Vuestra vida no ha sido mas que una estúpida indiferencia, ó una diabólica aversion á mi doctrina, y habeis aplaudido toda palabra opuesta á la mia, y á la de mi Iglesia: pues bien, id miserables á arrastrar en lo mas bajo del fondo de mi imperio el yugo de ignominia y de dolor forjado por vuestras propias manos. Sufrid la sentencia que diez mil veces he hecho resonar en vuestros oidos, y que no ha obtenido mas que vuestros sarcasmos: «id malditos al fuego eterno preparado para vuestro señor y maestro, y para todos los cómplices de su guerra absurda contra el Rey absoluto del tiempo y de la eternidad!»

Tal es, amigos mios, el decreto que cerrará la discusion final de que he hablado algo en la última leccion del «Despertador del pueblo:» decreto que señalando á cada uno en el mundo eterno el lugar que á cada uno le estará preparado, hará inútil toda reclamacion y terminará para siempre el grande proceso abierto desde el principio de los siglos, entre los siervos de Dios y los esclavos de la gran béstia.

Algunos de vosotros, segun lo que decia poco antes Mr. el Instructor, tienen todavia dificultad en conciliar con la bondad de Dios, la idea de unas pobres creaturas eternamente víctimas de los estravíos de una vida tan pasajera. Yo me limito á dos ó tres reflexiones, que les ruego mediten en el santuario de su conciencia. Pri-

mera: Cuando se trata de pronunciar sobre la bondad de Dios, y sobre el porvenir eterno de los hombres ¿quién es el juez competente? ¿Es Jesucristo, ó soy yo aun cuando estuviera apoyado por toda la turba de los pancistas? ¿Conozco yo acaso á fondo el Sér divino? He medido exactamente la estension de su bondad y su justicia? ¿Soy yo quien ha hecho al hombre y quien pueda saber las proporciones dadas á este sér misterioso? ¿Soy yo quien ha unido á un puñado de tierra maravillosamente organizada una alma tan grande que nada puede contentarla aquí abajo sobre la tierra? No, esta es la obra del Verbo hecho carne, quien ha dicho: «Yo soy el principio y el fin, el autor y consumador de todo lo que existe..... Yo soy la verdad y la vida.» Seria pues una imperdonable locura, preferir sobre esta materia, mi pensamiento y el de mis semejantes al pensamiento de Jesucristo, pensamiento espresado de la manera mas formal en cien lugares de la Escritura; pensamiento constantemente publicado y defendido por la Iglesia católica, é invariablemente creido por todos sus hijos; pensamiento, en fin, que es tambien el del mundo infiel, porque está bien probado que todos los pueblos antiguos y modernos han creido en una eternidad de suplicios para los malvados.

Segunda. El dogma de la eternidad de las penas, no solo es eminentemente humanitario y cristiano, sino que ademas es necesario para hacer hombres y cristianos. Cuando yo oigo á los pancistas decir: El dogma del infierno no es propio mas que para hacer almas bajas y serviles, nosotros queremos tener hombres que sirvan á

Dios y á sus hermanos por el noble motivo del amor! Cuando yo oigo estas habladurias, estoy con el ojo alerta para ver lo que ellos hacen, y luego tengo la prueba de que estas grandes almas aman todo, menos á Dios y á sus hermanos, y que ellos gustosos pondrian fuego al mundo por la mas grande gloria de su orgullo y de su panza. El temor solo del infierno no basta para hacer andar mucho tiempo por el camino de la virtud; pero es el freno necesario para contener al pecador que se precipita en el camino del mal, é impedirle que vuelva á caer cuando ha salido de él. «El temor del Señor es el principio de la sabiduría,» nos dice Espíritu Santo, y los hechos lo prueban bastante. ¿Dónde encontramos nosotros las obras y las virtudes verdaderamente dignas de un amigo de Dios y de los hombres? En las almas que se distinguen mas por su fé en la severidad de los juicios de Dios. ¿De dónde nacen los vicios, los desórdenes y los crímenes que desolan á la sociedad? Del olvido, y sobre todo, de la negacion del infierno. En suma, es la fé inalterable del infierno eterno, lo que puebla la tierra de penitentes, y de cristianos mas ó menos virtuosos, y el cielo de escogidos: ningun moralista ilustrado duda de ésto. Es la incredulidad sobre este artículo fundamental, que viniendo á ser general ha llamado al infierno sobre nuestro globo. Hay una multitud de incrédulos que por sus obras merecen la respuesta que dió á sus jueces sansculotes un santo sacerdote sacrificado por los inquisidores del año de noventa y tres. Estos miserables, teniendo un placer en insultar á su víctima antes de entregarla al verdugo, le preguntaban: «¿eres tan imbécil

para creer en el infierno?» Ciudadanos, les respondió, cuando yo no lo hubiera creido antes, vosotros me hariais creerlo ahora.

Tercera: En fin, amigos mios, la eternidad de las penas es la consecuencia soberanamente justa del plan de la creacion: plan eminentemente digno de la grandeza de Dios y de la grandeza del hombre.

¿Qué es lo que Dios se propuso creándonos? Él quiso que nosotros fuéramos su imágen, su semejanza, y por consiguiente imperecederos como él. ¿No es esto verdaderamente grande? ¿Quién de entre nosotros, á menos que no haya perdido la cabeza, quisiera no existir? El sentimiento, el deseo de la inmortalidad, y el horror de la nada, son tan vivos en la conciencia humana, que ningun pueblo por degradado que él haya sido bajo el aspecto religioso, ha puesto en duda la eternidad de las almas.

Al sello divino de la inmortalidad el Padre celestial ha juntado el carácter real de la libertad, don sublime, que pone entre nosotros y los brutos una distancia infinita, nos hace los árbitros de nuestra suerte, y los cooperadores de Dios en su obra por excelencia, que es la divinizacion de nuestra alma y la de nuestros hermanos. Él nos ha dicho: «Todas las criaturas son bajo de mi mano unos ins«trumentos ciegos que cumplen mi voluntad sin conocerla; «pero vosotros, hijos mios, quiero que la conozcais, y que «por vuestro libre concurso, durante la prueba de la vida «presente á la ejecucion de mis designios, vosotros merez«cais ser asociados á mi eterno reyno en una vida mejor. «Ved aquí mis mandamientos, si los guardais ellos os

«guardarán. El fuego y el agua están delante de voso«tros, escojed. La vida y la muerte están en vuestro po«der, y no se os dará sino lo que vosotros hubiereis que«rido. (1)»

Ved aquí lo que Dios nos ha dicho, y yo os he dado en el curso de estos entretenimientos una idea de lo que la caridad infinita ha hecho para facilitar á los hombres el conocimiento y el cumplimiento de su ley. Veamos ahora lo que los hombres dicen y hacen.

Los unos responden al divino llamamiento: Sí, Señor, cueste lo que costare, nosotros queremos guardar vuestros divinos llamamientos. Al instante Dios los toma de la mano y les dice: «Animo, hijos mios, mientras que vo«sotros fuereis fieles yo estaré con vosotros,» y nosotros marcharémos de victoria en victoria hasta que la corona eterna de gloria esté en nuestra cabeza. Todas las dificultades se allanan, y el contento interior que estas almas experimentan en medio de los mas grandes contratiempos, les es un gaje y un gusto anticipado de los goces que esperan en el porvenir. Ya os he dicho, y lo repito, y se lo probaré á quien quiera; si hay venturosos y satisfechos en esta vida, solo se encuentran entre los verdaderos cristianos que no buscan aquí sus satisfacciones.

Los adoradores de su orgullo y de sus pasiones responden á todas las amonestaciones interiores y exteriores del Rey de las almas: Nosotros no reconocemos otra ley que nuestra voluntad: si su lengua no dice esto con palabras, lo dice su conducta; y vedlos que en efecto corren en pos

(1) Eclesiastico capit. 15. vers. 15 y 17.

de tantos ídolos, como tienen de caprichos y pasiones. Dios, á quien ellos vuelven la espalda, podia hacer otro tanto al parecer; pero su caridad divina no cesa de llamarlos, de perseguirlos por las exhortaciones de sus ministros, por el grito de su conciencia, por los remordimientos que traspasan su corazon, por ejemplos saludables los unos de justicia, los otros de misericordia; en fin, por los disgustos, los sinsabores, las angustias sembradas sobre sus caminos; porque aun en este mundo cualquiera que obra el mal *es desgraciado*, y cuando nos parece que está en delicias él lleva en su corazon una pequeña imágen del infierno. Si estos prodigos se contienen al fin de la carrera que conduce al abismo, é imploran sinceramente el perdon, aun cuando sea en la última hora, el Dios de caridad se apresura á revestirlos de la ropa nupcial, y su admision al eterno festin es una *grande fiesta* en los cielos. (1) Al contrario, ¿resisten ellos hasta el fin al aguijon de la misericordia divina? Dada la hora, el Juez supremo dice: !Arreglemos cuentas!

Al momento seran arregladas las cuentas con las almas nacidas en el seno de la luz y que no han querido contar con Jesucristo y su Iglesia. A la luz que entonces las envestirá, estas tristes almas veran desvanecerse entonces todos sus sofismas y comprenderan la imposibilidad absoluta que hay de que el hombre animal, la carne y la sangre posean alguna vez el reino de Dios. (2) Si ellos han hecho algun bien del que no hayan recibi-

(1) San Lucas, capítulo 15. vers. 7.
(2) San Pablo, primera á los Corintos cap. 15 vers. 50.

do recompensa, habrá una diminucion en la intensidad de la pena, pero no en la duracion. Despues les dirá el juez: "Seguid á los señores á quienes yo no logré impedir que eligierais: vuestro eterno porvenir es á la vez negocio suyo y vuestro; unicamente como el infierno está siempre sometido á mi justicia, yo cuidaré de que Satanas, sus complices y los vuestros, no traspasen en su rabia el grado de vuestras penas señalado por vuestras obras." ¿Que habrá pues, amigos mios, en esta sentencia y sus consecuencias, de inconciliable con la bondad divina?

Esta suerte, direis vos, es horrible, espantosa. Sí, horrible, espantosa, ¡ojalá lo comprendierais bien porque este es el medio infalible de evitarla! Aun cuando el infierno no fuera mas que la reunion, en una region menos desolada, de todo lo que jamas ha habido de monstruos de perversidad, desde el emponzoñador de los angeles y de los hombres, hasta el feroz asesino de Abel, y desde Cain hasta Judas, y desde Judas hasta los ultimos en data de los Judas y Cain que aparecieran sobre la tierra, ¿se necesitaria mas para justificar esta definicion que nos dá de él la Escritura: "El es la mansion de eternos horrores?" (1) ¿Péro esta suerte es inmerecida? ¿No es la obra voluntaria y obstinada de los que las sufren?

No creo tener necesidad de repetir aqui, lo que he dicho bastante en otras partes, que segun la doctrina catolica, "cada uuo sera juzgado segun sus obras," y "que las obras de cada uno seran juzgadas segun sus luces." Ninguno será castigado por el mal que ni habrá conoci-

(1) Job. cap. 10. vers. 22.

do, ni podido conocer: ninguno será culpable por haber ignorado lo que no ha podido saber. En cuanto á los pancistas, que acusan á la Iglesia de tener por condenados al fuego eterno á los niños que mueren sin bautismo, y á los infieles buenos y honrados que no han podido profesar nuestra santa religion, porque no han podido conocerla, tenedlos, amigos mios, por imbeciles ignorantes, ó fanaticos calumniadores de nuestra fe.

Es verdad que todo catolico instruido en su religion cree indudablemente, sobre la palabra espresa de Jesucristo y de su Iglesia, que ninguna alma será admitida á ver á Dios, y á gozar de la felicidad infinita prometida á los escogidos, si ella no está habilitada por la virtud sobrenatural del bautismo real, ó á lo menos de deseo; pero nosotros cremos á nuestro Dios muy justo, muy bueno, y al mundo futuro muy grande para no reconocer una serie de exsistencias mas ó menos dichosas para las almas que han preferido el bien al mal segun sus luces, ó que por lo menos no han abusado personalmente del grande beneficio de la existencia.

Siendo esto así, yo me dirijo á vosotros amigos mios, á quienes la luz cristiana estrecha por todas partes, por diez, veinte, treinta y hasta cincuenta ó mas años, á vosotros sobre quienes acaba de hacer un nuevo esfuerzo por estos entretenimientos, que tal vez será el ultimo llamamiento para un cierto numero: ¿que podreis alegar: para desviar la sentencia, si teneis la desgracia de comparecer en la presencia del Redentor sin esta ropa blanca de la inocencia conservada, ó reconquistada, con que os revistió en las fuentes sagradas el dia en que el so-

nido alegre de las campanas anunció al mundo un nuevo hijo de Dios y de la Iglesia, un heredero futuro del reino eterno de los cielos?

Direis entonces al Señor, lo que ahora decis á sus ministros: que todavia no habeis acabado con vuestras dudas, que todavia esperais el don de la fe, que por ahora todavia teneis otra cosa que hacer, que despues de todo, el asunto religioso es una cosa que solo toca á vosotros y que estais muy bien dispuestos para tratarla con Dios? Estoy cierto de que no pensareis estos disparates, porque al punto tendreis la respuesta de la eterna razon: "Puesto que no habeis tenido tiempo para ocuparos de mí, y de mis mandamientos, id á pedir el salario de vuestras grandes ocupaciones, al señor cuyas inspiraciones habeis seguido tambien."

¿Direis que habeis sido muy débiles y que el grande número os ha arrastrado? No, no lo direis, porque no se hará esperar respuesta. «Yo he sometido á los cuerpos á la fuerza, y algunas veces he permitido que las mas puras vírgenes fueran arrastradas á los lugares mas infames y á las afrentas del infierno, y no han hecho sino engrandecerlas en el cielo, porque yo he dado tal constitucion á las almas, especialmente á las que he empapado como la vuestra, en el baño de mi sangre, que ninguna podrá decir jamas que ella ha sido viotentada; puesto que la vuestra se ha dejado arrastrar hasta el fin, que ella vaya á la cola de los que la han arrastrado: mi justicia no os someterá á todos los tormentos de los grandes asesinos de las almas; pero vosotros sereis siempre

lo que habeis querido ser, los chasqueados y los verdugos de los señores que habeis preferido.»

Si Jesucristo no obrára así y llevara la complacencia por sus enemigos hasta desdecir las promesas y las amenazas que ha querido sellar con su sangre y la de tantos mártires; confieso, amigos mios, que yo no podria considerarlo como el verdadero Dios y verdadero Hombre. No nos engañemos sobre su divino carácter: él es el Dios-Caridad, el Dios de las misericordias; pero es tambien y por lo mismo el Dios de las justicias, inexorable para aquellos que han menospreciado las prodigiosas invenciones de su caridad y de su misericordia. No son los grandes crímenes los que cierran su corazon á la piedad. Dadme un horrible criminal que abriendo su alma al soplo de la gracia, derramada al derredor de los pecadores, diga: Señor, mis crímenes son enormes, pero vuestra misericordia es todavia mas grande, concédeme la fuerza de llorarlos y confesarlos. Verificado el arrepentimiento con toda sinceridad, sucede que este demonio, purificado frecuentemente por sus lágrimas y su amor, antes de serlo por el sacramento, viene á ser el objeto de los favores muy especiales del Rey de las almas. Jesucristo nada sabe rehusar á aquel que hace tanto honor á su caridad, y si quereis alcanzar grandes cosas, emplead la oracion de un grande pecador arrepentido.

Pero si Jesucristo todo lo concede al criminal que se humilla, él se inexorable para el orgulloso que no quiere someterse á las condiciones exigidas para obtener el perdon. Aquel que por salvarnos no ha temido humillarse hasta nuestra nada en su Encarnacion y en su pasion, el

que permanece despues de tantos siglos humillado en la Eucaristía bajo la mano de sus ministros y la voluntad de los que lo reciben, ¿no tendrá el derecho de exigir que nosotros nos humillemos de tiempo en tiempo bajo la mano de los ministros de la reconciliacion, obligados ellos mismos á humillarse á la vez bajo la mano los unos de los otros?

Sí, amigos mios. Dios-Hombre es el amor, la bondad sin medida para toda alma viviente que le dice: Yo quiero creer, yo quiero obedecer, ¡ayudadme! Pero él es la firmeza, aun la inflexibilidad en presencia del enemigo de Dios, de los ángeles y de los hombres, delante del que dice: ¡No serviré! Non serviam. Con un monarca de este temple, digno de todas nuestras adoraciones, pero incapaz de transigir con los razonadores sin fé en su palabra, ¿qué nos conviene hacer, amigos mios? Esto es lo que voy á deciros en pocas palabras.

CONCLUSION.

El primer homenage que nosotros debemos á la Sabiduría infinita, es la sumision de nuestro pensamiento al pensamiento divino, siempre puro y siempre vivo en la enseñanza de la Iglesia de Jesucristo: sin la fé es imposible agradar á Dios [1].

Siendo la fé un don de Dios, que se pierde por el orgullo y la ignorancia, pidámosle humildemente y con instancia la conservacion y el aumento de este don indispensable, y no despreciemos medio alguno que esté á

(1) San Pablo, Epístola á los hebreos cap. 11. vers. 6.